

los hombres de mi corona.
Como esta mano ha de ser
la que conduzca mis tropas
a Italia.

(A Gonzalo.)

— Como ésta, digo
y es claro que ha de ser otra;
porque esta mano que es tanta
defensa de mi persona;
que tan a pulso un tratado
mantiene si no la cortan;
que se atreve a tanto, alzando
su lealtad sobre todas,
no irá a Italia. Está muy lejos
Italia y a mí me importa
tanto esta mano, señores,
que a riesgos de perder gloria,
¡siempre la quiero a mi lado,
para mi regia custodia!

(Hay un silencio; Navarro
exulta radiante; el Rey con-
cluye.)

— Da el sol de sí; todavía
recorreremos la sombra
de la alameda a placer,
mis grandes . . .

(A Pedro Navarro.)

— Navarro, apronta
tu caballo; cartas mías
quiero confiarte en postas.

(A Gonzalo.)

— Tú, queda en ésta, a dar fe
de que tu Rey hace pronta
la ejecución del tratado,
Gonzalo Hernández de Córdoba.

(Salen por la derecha el
Rey, Don Alonso de Aguilar,
el Conde de Tendilla, el Mar-
qués-Duque de Cádiz y el
Marqués de Villena. Les deja
paso Don Gonzalo. Quedan
en escena él y Pedro Na-
varro.)

NAVARRO

No váis a Italia.

GONZALO

Esta vez
pensando ofenderme, amigo,
me has hecho un bien; aunque es cierto

que, si no vengo en tu auxilio,
dando a mi Rey tales iras
que pude temer yo mismo,
sacarme de ésta no sabes;
iba a Italia: ahora, respiro.

NAVARRO

¿Pero no finges? Acaban
de degradarte; caudillo
para la guerra en Italia
por todos reconocido,
no te acepta el Rey ¿y exultas?

GONZALO

¡Soy feliz, Navarro amigo! . . .
La guerra en Italia — y pongo
que fuera yo su caudillo —
dura diez años, lo menos.
¡Diez años, sin ver los sitios
que son altar de su imagen!
Pensando en este suplicio,
señalándome los dedos
de todo el reino, he vivido,
Navarro, días enteros
llamando a la muerte a gritos;
pero tú me conocías

— tú sabes — y has acudido,
socapa de herirme, a hacer
lo posible en mi servicio;
bien hecho, mejor pensado,
digno el medio, el fin más digno,
¡Dios te bendiga, lo menos
tanto como yo le pido!

NAVARRO

(*Sarcasmo.*)

¿Vas a pintarme que avanza
tu amor, estrechando el sitio?

GONZALO

No necesita avanzar
lo que ya nació infinito.

NAVARRO

Y el día en que, otro que tú
traiga a la Reina su anillo
de soberana de Nápoles
¿qué es de ese amor infinito
que escondes avaramente?
— No vas a Italia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

GONZALO

¡La sirvo
mejor no yendo; que así
puedo consumirme vivo!

NAVARRO

No vas a Italia.

GONZALO

¡Así fuera
verdad! . . . Lo dudo.

NAVARRO

¡Lo afirmo,
capitán! Mandará el Rey
por las postas que me dijo,
su negativa a la Reina
que te elegía en su escrito.

GONZALO

¿También ella? . . . Huelga entonces
toda la labor que hicimos:

¡Voy a Italia sin remedio,
si Doña Isabel lo ha dicho!

(Cuando Gonzalo acaba de pronunciar estas palabras, aparece en la lateral izquierda, con dos hombres de armas, el alférez Zapata. Se hace a un lado, abriendo paso y disponiéndose a presentar la espada.)

NAVARRO

(Sorprendido, a Zapata.)

¿Quién llega?

(Entra Doña Isabel con breve acompañamiento de damas; el alférez y sus hombres presentan gravemente armas y vuelven a salir. La Reina, que oyó la pregunta de Navarro, dice a éste con graciosa ironía.)

ISABEL

Traigo sandalia
de casta de peregrinos
y llevo bien los caminos,

(A Gonzalo, después de una pausa.)

Señor capitán de Italia,
¿Qué cuentan los granadinos?

GONZALO

Pues llegáis sin avisar
no contarían, Señora,
conque les diérais ahora
la sorpresa de llegar.

(Navarro aprovecha solapadamente la distracción de la Reina para acercarse a la puerta de la torre, diciendo.)

NAVARRO

Corro a anunciaros.

ISABEL

Ninguno
me anuncie, Navarro: atrás.
No se diga que además
de sorprender, importuno.
De una posta prevenida

he oído que hablábais; pues
salid por la posta, que es
la más rápida salida.

(Sale Navarro, inclinándose.)

— Gonzalo, al verme llegar
como decís, por sorpresa,
no es que no venga a tramar
tal vez lo que os interesa;
y agradecédmelo bien:
que a fe que peor camino
no lo andará peregrino
que vaya a Jerusalem.

GONZALO

(Con solicitud.)

¿Fué duro?

(La Reina se habrá acomodado entre sus damas para tomar reposo y forman un grupo en la escena. La Marquesa de Moya está a su lado, en pie. También en pie y un poco más lejos, marcando respeto, el capitán.)

ISABEL

El sol calcinaba
 las piedras; el aire entorno
 pegándose al rostro, daba
 la impresión de un molde de horno;
 y como, al vernos venir,
 saltanme a recibir
 las gentes, en cada aldea,
 mil veces creí morir
 al paso de mi hacanea. . .
 Al fin llegamos; y al fin
 ciegas de sol, al llegar,
 vinimos a descifrar
 por qué, en el verde jardín
 de su granadino aduar,
 quiso el árabe colgar
 el bordado camarín
 de la Alhambra de Alhamar . . .
 Que estos oscuros pasillos
 para el corazón estrechos;
 y estos delgados palillos
 de mármol; y estos deshechos
 grumos, que son como ovillos
 de sombra en lugar de techos;
 y en la pared, casi blonda,

las ventanas, casi fleco;
 y el alicatado hueco
 de picos de hoja, en la fronda,
 todo es continuo trasiego
 que hacen del sol, obligándole
 a dar la luz; mas quitándole
 la vestidura de fuego.
 Por eso, en la sorda cueva
 de los sótanos tranquilos,
 va el agua medida en silos
 como una cosecha nueva;
 y refrescando la sombra
 de arrayanes que la cerca,
 véis agua en aquella alberca
 tendida como una alfombra;
 y agua entre mármoles, cuya
 redonda copa de estanque
 tiene ancho el caño, en su arranque,
 porque a borbotones fluya;
 pero da en tierra y apenas
 da en ella, se abre y desgrana
 en hilos que son las venas
 del pecho de esta sultana;
 y así, en un final trasiego
 se esponja la luz; y esto es
 vestirla de agua, después
 de desnudarla de fuego.

La luz recogida y fría,
 que era un sueño que él traía
 de su desierto entre arenas,
 la encerró el árabe un día
 detrás de la crestería
 de estas caladas almenas.
 Y hoy en flor la he recogido
 yo misma, al dejar el llano;
 cuando su velo cernido
 matando el sol que inhumano
 daba en mis párpados rojos,
 ¡la Alhambra entera he sentido
 combarse, como una mano
 de mujer, sobre mis ojos!
 ¡Clara mano, cuya fina
 palma de nardo y jazmín
 se ahueca en el camarín
 de mi Alhambra granadina:
 Dios te dé vida, en los años
 en que yo sea despojos,
 para que aún tiendas tus paños
 de sombra sobre mis ojos!
 Y a cambio de los cendales
 con que tamizas la luz
 que se desploma a raudales
 de mi zafiro andaluz,
 Sultana de mis castillos,

¡plegue al cielo que, al trasluz
 de tus dedos amarillos,
 jamás se empañan los brillos
 de las aspas de la cruz
 que he puesto entre tus anillos!

*(Una emoción que no es
 dueña de contener, vela y
 rompe la voz de la Reina;
 sus damas la rodean casi
 arrodilladas y suspensas de
 lo que dice; Doña Isabel,
 como volviendo a la tierra,
 trata de hacer olvidar su pro-
 pia emoción.)*

— Rompió el dique el hervidero
 de la emoción, al hablar . . .

(A Don Gonzalo.)

— El agua temple el acero,
 capitán y caballero
 de la casa de Aguilar;
 templarlo me visteis; pero
 no me habéis visto llorar.

GONZALO

Así es, Señora . . . Aunque nada
 puede extrañarle a esta espada

que ha visto lágrimas mías;
 porque ella está bien templada,
 pero tomar a Granada
 no es para todos los días.

ISABEL

Si con la intención viniera
 de entregaros mi bandera
 para Italia ¿no podría
 dictarle allí vuestra espada
 su segunda parte al día
 de la toma de Granada?
 Pues no os traigo otra sorpresa,
 capitán, ¿qué decís?

GONZALO

Digo
 que es para vos poca empresa;
 para mí, mucho castigo.

ISABEL

¿Castigo daros que hacer
 donde habéis de prosperar?

GONZALO

Castigo, hacerme luchar
 donde no os he de tener.

ISABEL

¡Pues avezados estáis,
 los de mi tiempo a la gloria!

GONZALO

Pero es cuando vos mandáis
 y en lo más arduo llegáis
 para darnos la victoria.

ISABEL

Por eso una vez en que es
 forzoso estar yo parada,
 trabajará vuestra espada
 lo que descansan mis pies.
 Toda una vida de honor
 me manda en vos que os prospere;
 conque obedeced, señor,
 y partid.

GONZALO

El Rey no quiere

ISABEL

Del Rey para mí, no han sido
necesarios mediadores
jamás; porque los mejores
no me llegan al oído;
acudid con vuestra espada
cuando os lo manden, hidalgo,
y no olvidéis que por algo
vino la Reina a Granada.

*(A sus damas, indicándoles
la puerta que conduce a
los jardines.)*

—Buscad, en tanto, a las llamas
del sol, un reparador
abrigo bajo esas ramas.

*(Da un paso hacia la puerta
de la torre.)*

—Capitán, hacedme honor
acompañando a mis damas.

(Y va a entrar.)

GONZALO

*(Sin poder contenerse; casi
cerrándole el paso.)*

¿Dónde váis?

ISABEL

(Con dignidad.)

¿De quién, a mí,
tal pregunta?

GONZALO

Perdonad;
y que os anuncie dejad
al Rey.

REY

*(Llegando por los jardines,
secamente, y dominando la
situación desde el principio.)*

El Rey está aquí.

*(Después de saludar a las
damas con una fría inclina-*